



UNIVERSIDAD NACIONAL "PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA"

**RELACIONES LITERARIAS
ENTRE PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA,
RUBÉN DARÍO Y SALOMÓN DE LA SELVA**

Carlos Tünnermann Bernheim

Santo Domingo, República Dominicana

12 de febrero de 2002

UNIVERSIDAD NACIONAL "PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA"

RELACIONES LITERARIAS ENTRE PEDRO HENRÍQUEZ
UREÑA, RUBÉN DARÍO Y SALOMÓN DE LA SELVA

Carlos Tünnermann Bernheim

Santo Domingo, República Dominicana

12 de febrero de 2002

Dr. Andrés Reyes Rodríguez, Secretario de Estado de Educación Superior Ciencia y Tecnología
Dr. Juan Tomás Mejía Feliú, Presidente Fundación Universitaria Dominicana
Profesor Dr. Carlos Tünnermann Berheim
Sra. Rosa Carlota de Tünnermann
Distinguidos Miembros del Consejo Académico
Apreciados Rectores y ExRectores de Universidades hermanas
Autoridades Académicas
Invitados especiales
Amigos todos

Reconocer los méritos de los intelectuales más prominentes, ha sido siempre un deber para esta Casa de Altos Estudios.

Esto así, porque honrando los hombres y mujeres que se han destacado por cultivar el saber, cumplimos con los postulados que dieron origen a esta Universidad, que orgullosamente ostenta el nombre de Don Pedro Henríquez Ureña, indiscutiblemente el máximo exponente de la intelectualidad y del humanismo dominicano.

Hoy, por decisión unánime del Consejo Académico, nuestro organismo rector que me enorgullezco en presidir, conferimos el título de Doctor Honoris y Causa de la Facultad de Humanidades y Educación, al Profesor Don Carlos Tünnermann Berheim.

Permítanme, que al otorgarlo, exprese que para mí, es imposible de obviar, añadir mis sentimientos y convicciones personales que de alguna manera van más allá de lo que la institución reconoce.

Como hombre, como educador, como académico, como caribeño y latinoamericano, cuanto quisiera yo, que obras de las nuestras, pudieron de algún modo, al igual que la de él, ser historia.

Para mí Don Carlos Tünnermann, es un pensador, un visionario, un educador, un literato, un latinoamericano cabal, un nicaragüense ilustre y hombre de gran mente y alma, que se lo merece todo y sin embargo, es un humilde recipiente.

El, ha sido Rector universitario en varios períodos, Ministro de Educación, Embajador ante la OEA y el gobierno estadounidense, del Consejo Ejecutivo de la UNESCO, Asesor del IESALC y de la UNESCO, Primer Secretario General del Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA), Presidente de la Unión de Universidades de América Latina UDUAL en dos períodos, Presidente del Consejo Permanente de la OEA y Presidente del Centro Nicaragüense de Escritores.

Ha escrito más de 40 libros, la gran mayoría versan acerca de la Educación Superior, y concédanme mencionar algunos de sus títulos; los que destacan la importancia del tema y hablan de por sí: La Universidad: Búsqueda permanente; De la Universidad y su Problemática; La Investigación en la Universidad Latinoamericana; Ensayos sobre la Universidad Latinoamericana; El Nuevo Concepto de Extensión Universitaria y Difusión Cultural; Ciencia, Técnica, Sociedad y Universidad; Historia de la Universidad en América Latina; De la Época Colonial a la Reforma de Córdoba; La Universidad hacia nuevos horizontes; La Universidad y los Desafíos del Desarrollo y la Democracia; Los Retos de la Universidad de Hoy; La Educación Superior en el Umbral del siglo XXI; Los Derechos Humanos: evolución histórica y reto educativo; La Educación Superior frente al Cambio; La Transformación de la Educación Superior: Retos y Perspectivas; La Universidad: evolución histórica y visión de futuro; La Universidad de cara al Siglo XXI; Desafíos del Docente Universitario ante el Siglo XXI; Globalización y Educación Superior y Universidad y Sociedad, Balance Histórico y Perspectivas, entre otros.

Ha sido indiscutiblemente Don Carlos, el estandarte insigne y el más sólido baluarte de la Educación Superior, de estos lares hispanoamericanos, y el más fiel creyente de esa frase de José Martí, cito "El Hombre se educa desde la cuna, hasta que muere" fin de la cita. Para el maestro Tünnermann, se educa

durante la vida, no para la vida y por tanto es fundamental, el aprendizaje permanente.

El Profesor Tünnermann, ha incursionado también, en temas literarios e históricos, demostrando así, su carácter polifacético en el ámbito de las Humanidades. Valdría destacar entre estos: León Viejo y otros escritos, estudios Darianos, La Paideia de Rubén Darío, Rubén Darío y la España del 98; Rubén Darío, Maestro de la Crónica y otros escritos Darianos, así como Valores de la Cultura Nicaragüense. Esta otra faceta, apasionante de Don Carlos, es la que le permitió dedicarse con acendrada dedicación y gran entrega, a las raíces de la historia y la cultura de su país, siempre destacando la figura egregia de Rubén Darío, a la que profesa idolatría y veneración.

Su libro de poemas Para Construir el Amor, en su breve prólogo, cito "Varona inmortal, flor de mi costilla", fin de la cita de Rubén Darío y continúa "Dulce es decir tu nombre. Suave es mi voz, cuando te llamo Rosa Carlota... Rosa Carlota ¡Ancla firme y definitiva!"

De Don Carlos, a su amada y exquisita consorte, Doña Rosa Carlota.

No puede sorprender por tanto, que el Maestro Tünnermann, haya sido elegido miembro de la Academia de Ciencias y Letras de Puerto Rico, Académico correspondiente de la Real Academia Española y Académico de Número de la Academia Nicaragüense de la Lengua.

En este mismo tenor, ha sido beneficiario de la Medalla de oro de la Educación de la Organización de Estados Iberoamericanos, Medalla al Mérito Universitario por la Unión de Universidades de América Latina y Medalla de Plata de la UNESCO.

Don Carlos ha recibido condecoraciones y distinciones de varios países: Nicaragua, México, Puerto Rico, Perú, Brasil y España.

Abogado de los derechos humanos, propiciador y divulgador de una cultura de paz, profesor de profesores, maestro de maestros, Don Carlos, el hombre que en cada arista del bien, del saber, del espíritu, de la sociedad y de nuestros pueblos, es un paradigma para todos los que conformamos la América Hispana.

Y me permitiré concluir con su poema Para Construir el Amor

Sobre roca firme
-tú una de cal; yo otra de arena
levantamos el edificio
de este querer tan aplomado
que todo lo asienta
y nada lo conmueve

Pálpito a pálpito
Caricia a caricia
Juego a fuego
-tú, una de cal; yo, otra de arena
en jornadas inolvidables
le dimos su recia arquitectura.

De un extremo al otro del día
De una punta a otra de la noche
-tú, una de cal; yo, otra de arena
armamos este amor sin adjetivos
sin otra argamasa
que su propia sustancia...

Gracias!

Muchas

**RELACIONES LITERARIAS ENTRE PEDRO HENRÍQUEZ
UREÑA, RUBÉN DARÍO Y SALOMÓN DE LA SELVA**

Carlos Tünnermann Bernheim

Rector Magnífico de la Universidad Nacional "Pedro Henríquez Ureña", Dr. Mariano Defilló Ricart;

Honorables miembros del Consejo Académico;

Rectores Magníficos de las Universidades dominicanas aquí presentes;

Honorables miembros del Cuerpo Diplomático;

Señores Invitados especiales;

Señores profesores y estudiantes;

Señores y Señoras:

Con profunda emoción recibo el alto honor que esta noche me confiere esta ilustre Universidad Nacional "Pedro Henríquez Ureña".

Debo expresar plurales agradecimientos. En primer lugar, a mi muy querido y respetado amigo, el Rector Magnífico de esta Universidad, Dr. Mariano Defilló Ricart, a quien me ligan lazos de afecto surgidos de nuestra común participación en muchas empresas en favor de la educación superior de nuestro continente, y cuya fecunda obra como Rector de esta augusta Casa es admirada y aplaudida en los ámbitos universitarios latinoamericanos. Muchas gracias Don Mariano. Eterna gratitud.

Vaya también mi más profundo agradecimiento a todos los miembros del Honorable Consejo Académico de la Universidad, que encontró en mi modesta contribución a la Educación Superior latinoamericana y a la promoción del paradigma de la

Cultura de Paz, méritos suficientes para hacerme acreedor al singular honor de recibir el título de Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional "Pedro Henríquez Ureña".

Recibir un Doctorado Honoris Causa por una Universidad que lleva el nombre preclaro del Maestro de América, Pedro Henríquez Ureña, es una distinción excepcional que recibo con humildad y responsabilidad, pues semejante dignidad me compromete más en la hermosa tarea de fortalecer las relaciones culturales entre dos pueblos tan hermanados por las similitudes históricas y su común propósito de construir un mejor destino, como lo son el pueblo dominicano y el nicaragüense.

Fiel a ese propósito, permítanme que aproveche esta solemne ocasión para referirme al apasionante tema de las relaciones literarias entre Pedro Henríquez Ureña, dominicano, y Rubén Darío y Salomón de la Selva, nicaragüenses.

I

En su "**Evocación de Pedro Henríquez Ureña**", escrito a raíz de la muerte del Maestro, Alfonso Reyes nos dice: "Dos países de América, los dos pequeños, han tenido el privilegio de ofrecer la cuna, en la segunda mitad del pasado siglo y en poco menos de veinte años, a dos hombres universales en las letras y en el pensamiento. Ambos fueron interlocutores de talla para sostener, cada uno en su esfera, el diálogo entre el Nuevo Mundo y el Antiguo. Después del nicaragüense Rubén Darío, titán comparable a los más altos, junto a cuyo ingente y boscoso

territorio los demás dominios contemporáneos -excelsos algunos- resultan cotos apacibles, nadie, en nuestros días, habrá cubierto con los crespones de su luto mayor número de repúblicas que el dominicano Pedro Henríquez Ureña quien, sin exceptuar a los Estados Unidos, por todas ellas esparció la siembra de sus enseñanzas y paseó el carro de Triptólemo".

¿Quién inició a Pedro Henríquez Ureña en la devoción que toda la vida profesó por la obra de Rubén Darío? Podríamos conjeturar que quizás haya sido su madre, esa excepcional mujer que fue Salomé Ureña, educadora y escritora, de quien el propio Darío, en su ensayo "Letras Dominicanas" incluido en su libro **LETRAS** (1911), había hecho un merecido elogio a su belleza y talento: "*Una musa es justamente famosa, Salomé Ureña, vigorosa y pindárica sin perder la gracia y el encanto de su alma femenina*".

Lo cierto es que si bien la poesía de Darío no influyó en las composiciones juveniles de Pedro Henríquez Ureña, que marcharon por otro rumbo, la obra del bardo nicaragüense despertó, muy tempranamente, el interés del novel y notable ensayista que se revela en sus "Ensayos críticos", su primer libro de crítica literaria publicado en La Habana, en 1905, cuando el autor tenía apenas 21 años de edad.

Uno de los más prestigiosos escritores nicaragüenses, el poeta y crítico Ernesto Mejía Sánchez, gran admirador de Don Pedro,

a quien dedicó brillantes estudios, afirma: "El ensayista de veintiún años se nos presenta desde el comienzo con repentina madurez. Juzga con igual seguridad lo antiguo y lo contemporáneo". En seguida, Mejía Sánchez, sobre la base de su reconocida afición por la música, sostiene que es ese fino sentido musical el que le permite al ensayista en ciernes desentrañar el secreto melódico de la gran sinfonía dariana. Explica Mejía Sánchez: "El nicaragüense acaba de publicar los Cantos de Vida y Esperanza (Madrid, 1905) y el joven ensayista se aplica a la exégesis con verdadero fervor, pero sin prisa, dándose tiempo en la obertura, que liga el principio de la Eneida y de La gatomaquia con el primero de los Cantos, a fin de dar la nota más alta de sus Ensayos del mismo año. En efecto, el "Rubén Darío", escrito en La Habana, en 1905, está construido en cuatro movimientos, si se cuentan la obertura ya referida y el rondó final, que enmarcan las dos secciones centrales del ensayo. Si ambas son de riquísima doctrina y penetración, no lo son menos en sugerencias y síntesis las partes más musicales"... "Rubén Darío es un renovador, no un destructor, dice Henríquez Ureña. Los principiantes, como es regla, le imitaron principalmente en lo desusado, en lo anárquico. Él, por su propia vía, ha ido alejándose cada vez más de la turba de secuaces, impotentes para seguirle en sus peregrinaciones a la región donde el arte deja de ser literario para ser pura, prístina, vívidamente humano"... "Darío cuenta la historia de su yo y hace profesión de fe, en el Pórtico de Cantos de Vida y Esperanza, pórtico que es la más alta nota de su obra pasada y presente,

porque es la más humana, el coronamiento de su evolución psíquica, que en sus libros de prosa puede seguirse grado a grado, desde el delicado fantaseo de los cuentos de Azul... hasta la amplia filosofía que en Tierras solares va unida a impresiones de vida y arte".

"La primera parte del ensayo, nos dice Mejía Sánchez, es fundamental para el conocimiento y valorización de los ejercicios métricos de Darío. En algunos aspectos técnicos se ha superado, pero no en el valor profético de este juicio de Henríquez Ureña: "Sin embargo, la parte meramente literaria de su obra tiene altísima importancia, puesto que las historias futuras consagrarán a Rubén Darío como el Sumo Artífice de la versificación castellana: si no el que mejor ha dominado ciertos metros típicos de la lengua, sí el que mayor variedad de metros ha dominado".

Al año siguiente de la aparición de los Ensayos críticos, nada menos que el entonces pontífice de la crítica hispanoamericana, el uruguayo José Enrique Rodó, decubre en el joven ensayista "la rara y felicísima unión del entusiasmo y la moderación reflexiva". Y el polígrafo español Don Marcelino Menéndez y Pelayo juzgó la labor crítica de Henríquez Ureña como producto "de una exquisita educación intelectual comenzada desde la infancia y robustecida con el trato de los mejores libros".

Rubén Darío seguramente leyó con íntima satisfacción el ensayo del joven Henríquez Ureña. Pero, al mencionar Darío a los hermanos Henríquez Ureña en su ya mencionado trabajo Letras Dominicanas, enalteció a Max más que a Pedro: "Recientemente, escribió Darío, aparecen los hermanos Henríquez Ureña, de los cuales Max ha escrito páginas de crítica que yo prefiero y guardo en alto aprecio". Nuestro eminente investigador dariano, Ernesto Mejía Sánchez, atribuye este aparente desdén de Darío para con la crítica de Don Pedro a una confusión de nombres o lapsus mental de Darío. El mismo Mejía Sánchez agrega en su ensayo "Pedro Henríquez Ureña, crítico de Rubén Darío", que Darío no pudo conocer el ensayo de Max antes que el de Pedro, ya que Max escribió el suyo sobre "Prosas Profanas" al menos tres años después del de Pedro sobre "Cantos de Vida y Esperanza"¹, y agrega: "Empero, Max Henríquez Ureña, en abril de 1951, me refirió verbalmente la frase de Darío, en la que resulta favorecido, y añadió que Darío lo estimó "como el crítico de Prosas Profanas, y a Pedro como el de Cantos de Vida y Esperanza". No podía ser de otra manera; crítico tan reconocido y justiciero como Enrique Díez-Canedo consideró, desde 1916, que el ensayo de Pedro era "el más cumplido estudio que de Rubén Darío se ha hecho", si bien un poco más tarde se refirió a Max como "autor de otro sustancial estudio sobre Rubén Darío". Lo cierto es que

¹ Ernesto Merjía Sánchez: Cuestiones Rubendarianas, Revista de Occidente, Madrid, 1970, p.p. 35 y sigts.

ambos hermanos Henríquez Ureña profesaron extraordinaria admiración por la obra de Darío.

Pedro Henríquez Ureña fue de los primeros en reconocer, acertadamente, el sitio de primer orden que corresponde a Darío en el Modernismo. Afirma al respecto: "Del modernismo hispanoamericano se le considera fundador, con Martí y Gutiérrez Nájera. En realidad, solo Rubén Darío ha sido plenamente renovador. Los demás son precursores".

Y aquí quiero salir al paso de quienes sostienen que fue este aparente desdén literario de Darío lo que motivó que Pedro Henríquez Ureña se resistiera, pese a la gran estimación que le tenía, a conocer personalmente a Darío, cuando éste visitó Nueva York en 1915. Por esa época Henríquez Ureña era corresponsal del "Heraldo de Cuba" en Washington D.C. Y aunque siguió muy de cerca los pasos de Rubén en Nueva York, hasta con el más mínimo detalle como lo demuestra su carta-crónica a Alfonso Reyes del 9 y 11 de mayo de 1916 es, precisamente, en esta carta donde don Pedro explica a su amigo mexicano por qué no quiso visitar a Darío en Nueva York. No quiso hacerlo seguramente para no contemplar el estado lamentable en que se encontraba en ese entonces Darío: enfermo, presa de la dipsomanía y explotado por inescrupulosos agentes literarios, que finalmente lo estafaron y abandonaron, enfermo y sin dinero, en Nueva York. Le dice Don Pedro a Alfonso Reyes, en tono confidencial, para justificar su renuencia

al encuentro con el admirado Maestro: "Yo no quise conocer a Darío (acá inter-nos) y no lo conocí al fin; había demasiado alcohol y demasiado Bengoecheísmo en torno suyo".

Para entonces, Darío viajó, así enfermo como estaba, de Nueva York a Guatemala, invitado por el tirano de aquel país, Estrada Cabrera, "deseoso de pasar a la inmortalidad en versos de Darío", como apunta en su carta Henríquez Ureña. "No lo conseguiría. Los versos de Darío en que lo menciona de paso son medianos y, además, largos". Darío mismo estaba consciente del triste papel que le estaban haciendo representar. Pero él iba, como lo dijo, *"en busca del cementerio de la tierra natal"*, donde murió el 6 de febrero de 1916.

Y es a la muerte de Darío, que el noble Don Pedro Henríquez Ureña, *"disipó cualquier nube de malentendido que pudo haber"*. El artículo necrológico que escribió sobre Darío, publicado en *"Las Novedades"* del 17 de febrero de 1916, contiene juicios definitivos y consagradorios sobre la trascendencia del legado dariano: *"Al morir Rubén Darío, pierde la lengua castellana su mayor poeta de hoy, en valor absoluto y en significación histórica. Ninguno, desde la época de Góngora y Quevedo, ejerció influencia comparable, en poder renovador, a la de Darío"*.

En 1920, su monografía *"Rubén Darío y el siglo XV"* representa, según los críticos, un aporte original de Henríquez Ureña a las

fuentes literarias formales de los poemas de Darío escritos a la antigua usanza: "Dezires, layes y canciones" y "Las ánforas de Epicuro", incluidos en Prosas Profanas. Henríquez Ureña "con su ojo avizor de crítico y erudito" fijó la fuente de estos poemas en el "Cancionero inédito del siglo XV", publicado por Alfonso Pérez Gómez de Niera en Madrid, en 1884, pero advirtiendo que "*al imitar sus formas, Rubén Darío superó con creces a los medianos trovadores del cancionero: como en ellos había escasa materia poética, desdeñó sus temas de escolástica cortesana*". Arturo Marasso, años después, calificó el hallazgo de Henríquez Ureña de verdadero "descubrimiento" literario.

Pero el juicio de Henríquez Ureña sobre Darío que personalmente más aprecio, es el que formulara en su libro "Literary Currents in Hispanic America", resultado del curso que dictó en la cátedra "Charles Eliot Norton" de la Universidad de Harvard, la prestigiosa cátedra que antes de él solo habían impartido los grandes poetas T.S. Elliot, Robert Frost y el músico Strawinsky, traducido luego por Joaquín Díez-Canedo y publicado en México en 1949. Afirma Henríquez Ureña: "Después de 1896, en que publicó (en Buenos Aires) Prosas Profanas, más todavía, después de 1905, en que publicó (en Madrid) Cantos de Vida y Esperanza, Rubén Darío fue considerado como el más alto poeta del idioma desde la muerte de Quevedo... su influencia ha sido tan duradera y penetrante como la de Garcilaso, Lope, Góngora, Calderón o Bécquer. De cualquier poema escrito en español puede decirse con precisión

si se escribió antes o después de él"... "En algunos de los Cantos de Vida y Esperanza y en el Poema de Otoño llegó a alcanzar la intensidad de la desesperación. Estos poemas, al menos, no dejan duda de su grandeza. Había dado al idioma su más florida poesía, igual a la de Góngora en su juventud; dióle también, en su madurez, su poesía más amarga, comparable a la de la vejez de Quevedo".

Finalmente, en esta relación literaria Darío - Henríquez Ureña, cabe mencionar que al morir en 1946, Don Pedro dejó inédita una Antología Poética de Rubén Darío, con su nota introductoria. Correspondió al crítico nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez rescatar esa antología y publicarla como parte de la colección Nuestros Clásicos de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). La antología confirma el acertado ojo crítico y la exquisita sensibilidad poética de Henríquez Ureña. En realidad su selección es inobjetable.

Maestro, en el sentido pleno del vocablo, el magisterio de Henríquez Ureña ha sido reconocido por los más altos valores literarios de nuestro Continente. Jorge Luis Borges le llama "Maestro de América" y nos dice: "Su método, como el de todos los maestros genuinos, era indirecto. Bastaba su presencia para la discriminación y el rigor"... "Alguien, acaso yo-prosigue Borges, incurrió en la ligereza de preguntarle si no le desagradaban las fábulas y él respondió con sencillez: No soy enemigo de los géneros"... "Al nombre de Pedro (así prefería

que lo llamáramos los amigos) vincúlase también el nombre de América". Y es que Pedro Henríquez Ureña fue uno de los pensadores que más insistió en la identidad de nuestra América y en la importancia de desentrañar nuestras raíces culturales. Y aquel "peregrino de América", nos señaló que *"nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de la naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple la emancipación del brazo y de la inteligencia". "América nace en el mediodía luminoso de la abundancia espiritual de España. La unidad de su historia, la unidad de propósito en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una magna patria, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más".*

"Espíritu supremo", le llama Ernesto Sábato, quien le trató muy de cerca cuando enseñaba en la Universidad de La Plata, Argentina, donde, por la miseria de algunos, nunca le hicieron profesor titular en ninguna de sus facultades de Letras, Sábato dice de él en su libro **"Apologías y rechazos"**: *"Fue un espíritu de síntesis, que ansiaba armonizar el mundo de la razón con el de la inspiración irracional, el universo de la ciencia con el de la creación artística. Su síntesis de individuo y universo, de razón y emoción, de originalidad y tradición, de concreto y abstracto, de hombre y humanidad es evidente en toda su obra de investigación y de enseñanza. No era un ecléctico; era un*

romántico que quería el orden, un poeta que admiraba la ciencia".

Tengo para mí como la mejor semblanza de Henríquez Ureña la que nos dejó su íntimo amigo Alfonso Reyes: "Nativo de la hermosa isla antillana, la primada de las Indias, la predilecta de Colón; brote de una familia ilustre en la poesía, en la educación y en el gobierno; fadado desde la primera hora por las Musas; mentalmente maduro desde la infancia, al punto que parecía realizar la paradójica proposición de la ciencia infusa; inmensamente generoso en sus curiosidades y en su ansia delirante de compartirlas; hombre recto y bueno como pocos, casi santo; cerebro arquitectónico más que ninguno entre nosotros; y corazón cabal, que hasta poseía la prenda superior de desentenderse de sus propias excelencias y esconder sus ternuras, con varonil denuedo, bajo el impasible manto de la persuasión racional, Pedro, el apostólico Pedro, representa en nuestra época, con títulos indiscutibles, aquellas misiones de redención por la cultura y la armonía entre los espíritus, que en Europa se cobijan bajo el nombre de Erasmo, y en América bajo el de ese gran civilizador, peregrino del justo saber y el justo pensar, que fue Andrés Bello".

II

La otra relación literaria de Pedro Henríquez Ureña, aún más profunda y fraterna, que quiero reseñar esta noche, es la establecida entre él y el gran poeta y erudito nicaragüense Salomón de la Selva, auténtico continuador de Darío en la línea

de la innovación y la creatividad, iniciador de la poesía de vanguardia, del coloquialismo y del prosaísmo con su obra pionera "El soldado desconocido" (México, 1922). En la poesía de De la Selva, como observan sus críticos, confluyó "el modernismo y el surgiente río de la vanguardia". Afirma el poeta y crítico nicaragüense Julio Valle-Castillo que: *"La relación literaria entre ese intelectual dominicano fundacional de la América nuestra, Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) y el poeta nicaragüense, Salomón de la Selva (1893-1959), trascendió hasta una relación humana tan densa e intensa, que sólo puede compararse con la vida -la vida en los amigos, apunta uno de sus protagonistas-. Y de aquí saltó, como correspondía, a una relación humanística: helenismo, latinismo, arielismo, antimperialismo y americanidad. Si Henríquez Ureña fue, inicialmente, 1915, un conocido, compañero de tertulias, de inmediato se convirtió en amigo, en coterráneo de dolor por la soberanía patria ultrajada y en maestro: una cátedra a domicilio, una universidad a la mano. Al poco tiempo, fue el crítico primero del joven poeta de Nicaragua"*.

A su vez, otro destacado escritor de mi país, Jorge Eduardo Arellano, nos recuerda que Henríquez Ureña era nueve años mayor que Salomón de la Selva cuando se conocieron en los Estados Unidos, a mediados de 1915, cuando Darío ya había viajado a Guatemala, y señala: *"La más fecunda amistad que tuvo Salomón de la Selva en Nueva York, y tal vez en toda su vida, fue la de Pedro Henríquez Ureña. En realidad, pocas se*

han producido en América como ella, tan auténtica y humana. El maestro dominicano y el poeta nicaragüense, tan disímiles en carácter y temperamento, estaban unidos por una infatigable vocación humanista, un amor incontenible por la cultura greco-latina y una abierta pasión americana"... "En mayo de 1916 el vínculo entre ellos ha madurado. Reuniones, lecturas, intercambio de libros y pláticas han alimentado su amistad. Por lo menos un tono familiar, casi de hermano, se advierte en los textos de Henríquez Ureña sobre Salomón escritos durante esos días, lo mismo naturalmente que cierta camaradería intelectual. Nuestro poeta recibió de don Pedro las mejores lecciones de su vida, hasta tal punto que fue la persona que más influyó en su formación. Así lo reconocerá siempre, las veces en que tendrá oportunidad de hacerlo, ya oralmente o en testimonio escrito".

Pedro Henríquez Ureña descubrió, muy tempranamente, el extraordinario talento poético de Salomón de la Selva. En julio de 1915, en Las Novedades de Nueva York, escribe sobre el joven poeta, quien por entonces componía tan buena poesía en inglés como en español, al punto que sus admiradores norteamericanos lo propusieron para el premio Nobel de Literatura. Don Pedro comenta en este artículo precisamente unos poemas en inglés de Salomón y dice: "Las Novedades desea no dejar sin mención el reciente triunfo del poeta Salomón de la Selva. Aunque nació en Nicaragua (hace apenas veinte años) y aunque maneja con elegancia el castellano, su verdadera lengua literaria es el inglés. Se le conocía ya y se le

estimaba en los círculos literarios de los Estados Unidos; pero el triunfo que le coloca en la primera fila de los poetas norteamericanos es el que acaba de obtener con la publicación en la aristocrática revista The Forum, de su poema a "A Tale from Fairyland" (Cuento del País de las Hadas).

Pero es mejor que el propio "Sal" (así le llamaba a Salomón Don Pedro), nos narre lo que fue esa extraordinaria amistad, que les llevó a compartir el mismo apartamento en Nueva York: "Cuando nos conocimos y empezamos a contarnos nuestras preferencias (a él le encantaban las fresas con crema que a mí me daban urticaria), yo postulé a Cátulo, Pedro a Horacio. ¡Qué inquieto se puso! Pedro quiso hacerme horaciano. Él lo era. Hubiera sido todo él Horacio redivivo excepto que Horacio había sido hijo de liberto y tenía complejos que Pedro, vástago de la nobleza más noble que podemos concebir en nuestra América, no creo que siquiera adivinaba... La calidez de Horacio, mejor que de vino y de tizón en brasas, no la probé sino a medida que fuí conociendo a Pedro".

Es interesante anotar que fue Henríquez Ureña quien inició a Salomón en el estudio del poeta latino Horacio. Años después, el mismo año del fallecimiento de Henríquez Ureña, y posiblemente motivado por tan sensible acontecimiento, Salomón habría de escribir su célebre "Evocación de Horacio", publicada hasta el año 1949. El crítico nicaragüense ya citado, Julio Valle-Castillo asegura, con mucho fundamento, que en

realidad quien inspiró este portentoso poema, una de las obras fundamentales de De la Selva, fue el propio don Pedro, trasmutado en Horacio. Las virtudes que Salomón descubre en Horacio, la disciplina, el trabajo, el rigor, la amistad, la pasión por la cultura griega, son las mismas del gran humanista de América. Oigamos unas estrofas de la Evocación:

"Horacio no era sentimental. Horacio
ardía y esplendía en intelecto:
A flor de labio el rictus de ironía,
donaire contenido en el instante
de convertirse en burla
o de soltarse en llanto:
Consición al servicio
de no decirlo todo mas todo sugerirlo:
Parquedad en palabras pero cada
palabra
áurea moneda
valiosa más que puñados de morralla".

Y el propio Salomón nos dice: "*A Pedro le han atribuido calidad de griego. Parecía a muchos encarnar aquel ficticio ideal aristocrático dorio basado en la admiración de Platón por Esparta. Y quizás él mismo se sintiera helénico; ático, para ser riguroso. ¡Hasta en eso era Horaciano!, que de lo que más Horacio se preciaba era de ser el primero en imponer al verso latino el ondulado yugo de los metros griegos para pedir corona*

de Melpómene. Horaciano era Pedro, más romano, igual que Horacio, que si hubiera nacido hijo de senador o de équite"... "A Pedro se le pudiera llamar vive escolio de Horacio. En él encarnó ese ideal, que fue también el de don Andrés Bello, el parangón más cercano de Pedro; ideal que es el más acertado para nuestra América que no en vano apodamos latina".

Henríquez Ureña admiraba también y compartía, el temple patriótico y nacionalista de Salomón de la Selva. Nicaragua y la República Dominicana, por ese entonces, sufrían los atropellos a su soberanía de las políticas interventoras norteamericanas. Es por eso interesante recordar aquí un incidente en que se vió envuelto Salomón y que don Pedro luego incorporó en una de sus crónicas periodísticas, publicadas en el "The New York Tribune". En febrero de 1917, Salomón causó conmoción en los círculos intelectuales y políticos de Nueva York, cuando en un evento norteamericano pronunció, en presencia del irascible ex Presidente Theodoro Roosevelt, un vibrante discurso inspirado en su amor a Nicaragua y en contra de la intervención norteamericana. Dejemos que sea el Maestro dominicano quien nos narre lo que entonces sucedió: *"La reunión fue en el Club Nacional de las Artes, en febrero de 1917, y la organizaron las principales asociaciones de artistas literatos"... "Salomón de la Selva era el último en el programa. La ceremonia había sido larga"... "Ya habían dado las once -me escriben-; el público fatigado por los muchos discursos, y, cuando se anunció a de la Selva, presintieron nuevo fastidio, al tener que oír a otro profesor*

(en aquel entonces, de la Selva enseñaba en el William College). La gente comenzaba a marcharse. Pero apenas de la Selva comenzó a hablar, nadie pensó en abandonar el salón, y hasta regresaron los que se habían levantado para irse. El fuego de sus palabras se comunicó al auditorio, que le escuchó con atención y le aplaudió con furia. "Durante toda su disertación -escribe una dama-, sus cabellos estaban erizados". "Inconscientemente -escribe un poeta norteamericano-, lanzó a Roosevelt una mirada de fuego". "Nicaragua es pequeña en extensión -dijo de la Selva, según The New York Tribune-, pero es poderosa en su orgullo. Mi tierra es tan grande como sus pensamientos; tan grande como sus esperanzas y sus aspiraciones... Amar a los Estados Unidos -como yo los amo- cuesta gran esfuerzo cuando mi propio país es ultrajado por la nación del Norte. No puede existir el verdadero panamericanismo sino cuando se haga plena justicia a las naciones débiles"... "Roosevelt -dicen las cartas-, se indignó; "dijo, a los que aplaudían, que su proceder era antipatriótico. "No saben lo que hacen", -insistía. A lo cual una dama entusiasmada contestó: "Aplaudimos la verdad".

El estudio más completo y elogioso de Henríquez Ureña sobre la poesía en idioma inglés de Salomón apareció en "El Figaro" de La Habana en abril de 1919, cuando el poeta nicaragüense tenía apenas veinticuatro años y había recogido sus poemas en inglés en su primer libro Tropical Town and Other Poems. Dice el Maestro: "El primer libro de versos de Salomón de la

Selva, *Tropical Town and Other Poems*, sorprende por su variedad de temas y de formas. Hay quienes se sienten desorientados entre tanta riqueza, y no saben dónde hallar el hilo de Ariadna para el laberinto. A esos podría atormentárseles diciéndoles que aun hay más, mucho más en la obra de Salomón de la Selva -otros temas y otras formas que no hallan cabida en el volumen- y que, desde luego, hay más, mucho más, en su personalidad. Para mí la fuerza de unidad que anima su obra está en el delirio juvenil que se apodera del mundo por intuiciones rítmicas, intuiciones de color, de forma, de sonido, de fuerza, de espíritu: todo se inflama bajo su toque. Pero no es exclusivamente intuitivo, sino que posee cultura poética honda y gran caudal de recursos artísticos. Según el consejo de Stevenson -incomparable maestro de técnica literaria-, se ejercitó en todos los estilos: le he visto ensayar desde la lengua arcaica y los endecasílabos pareados de Chaucer, hasta el *free verse* de nuestros días. No en vano dije que hay en su obra mucho más de lo que revela su primer libro, cuya mayor parte puede encerrarse dentro de las normas del siglo XIX. Hasta ahora, en verdad, cabe decir que Selva no se ha decidido a romper con el siglo XIX: el marco de sus inspiraciones comienza generalmente en Keats y Shelley y llega hasta Francis Thompson y Alice Meynell. Diríase que espéra dominar su forma antes de lanzarse de lleno a las innovaciones: su buen gusto así nos lo haría esperar; diríase también que en medio del torbellino de la poesía "siglo XX", unos cuantos, entre los poetas jóvenes, prefieren atenerse, en general, a las formas

consagradas. Así piensa -por el momento- Salomón de la Selva, según lo explica en una de sus cartas, donde ensaya definir su situación entre los grupos literarios de los Estados Unidos".

Quisiera destacar de manera muy principal, el inmenso cariño del nicaragüense De la Selva para el dominicano Henríquez Ureña. Al ocurrir el repentino fallecimiento de don Pedro (maestro hasta el fin, había de morir en el tren, a las 3:30 de la tarde del 11 de mayo de 1946, cuando se dirigía apresuradamente a cumplir sus tareas docentes en la Universidad de La Plata), Salomón de la Selva, escribió una trilogía "*In Memoriam P.H.U.*", y luego una serie de muy sentidos artículos periodísticos en los que el nicaragüense no cesaba de hablar sobre su querido amigo dominicano. De esos artículos extraigo unos cuantos párrafos, que reproduzco como testimonio no sólo de la admiración de Salomón de la Selva sino de todos los intelectuales nicaragüenses que sentimos verdadera veneración por Pedro Henríquez Ureña, a tal grado que tanto el centenario de su nacimiento (1984) como los primeros cincuenta años de su fallecimiento (1996) fueron conmemorados en Nicaragua con la edición de algunos de sus principales trabajos por la Editorial Nueva Nicaragua, bajo el título "*Seis ensayos en busca de nuestra expresión*" y con la dedicatoria, a su memoria, de números especiales de importantes revistas y suplementos literarios.

Los emotivos párrafos de Salomón de la Selva son los siguientes: *"La muerte de Pedro debe también conciliar con él a quienes no lo amaron como se le debía amar, ni lo admiraron como debían haberlo admirado, ni lo ayudaron con la ayuda que merecía, ni aprendieron de él, cuanto debieron haber aprendido. Esto es cosa grave: no saber, o, peor aún, despreciar, la lección que fue Pedro. Pedro fue una oportunidad de América que sería trágico que hubiéramos perdido. Sintetizó a los rivales Bello y Sarmiento, continuó la obra de Hostos en que su insigne madre tuvo gran participación directa, superó a Rodó, fraternizó con Enrique José Varona, y debió de haber fraternizado con Joaquín García Monge y con Baldomero Sanín Cano. Ni se puede hablar de Pedro sin recordar a don Justo Sierra, a Antonio Caso, a José Vasconcelos, a don Ezequiel Chávez, a González Casanova. Quisiera no detenerme en la recitación de estos nombres reconfortantes. Porque por una parte tenemos a los libertadores, la espada magnífica de Bolívar que le cedió San Martín, la espada de Hidalgo que Morelos empuñó con mano más recia, la espada ¡ay! que hace tanto tiempo cayó en manos asesinas: ya nada podemos esperar de ella. Pero, por la otra parte, tenemos a los maestros, a los mayores, a los que son más, que eso quiere decir el vocablo; verdaderos magos, que es la misma palabra, el mismo concepto; nuestros auténticos magistrados, en fin. Son nuestra única esperanza. De éstos es Pedro. Por eso lo encontramos socrático. En buena hora. Ejercía encanto, magia. Subyugaba a los espíritus nobles. Los innobles lo odiaban. Ideal él mismo es trasunto de perennidad.*

Pedro es arquetipo de hombre americano. Por él, como por Darío, se va a la América libre, unida y democrática que pese a toda torcedura de la suerte, habemos quienes estamos forjando. Por eso Pedro es más de amarse que la vida. Si que lo llame hermano es presunción, decir de él "vita amabilior" no es, yo lo aseguro, licencia de poeta. Y siempre lo amaré y siempre habré de cantarlo y de llorar su muerte como entre las espesas sombras del ramaje el pájaro dauliano gime la suerte de Ilyo perdido".

"Pienso, agregó Salomón, en lo potentes que éramos en la América Latina cuando produjimos a Enrique José Varona, a Rubén Darío, a Antonio Caso, a Pedro Henríquez Ureña, que no necesitaron de otro suelo que el de América para que los amamantara la cultura universal y la enriquecieran ellos. Y tengo fe en que llenaremos los vacíos que han dejado al morir"... "Una máxima de Pedro era que "el maestro no debe gritar nunca". Baja la voz, no hay cosa que no pueda decir. No hay propaganda que no pueda fomentar. Ni revolución que no pueda llevar al triunfo"... "Era creencia firmísima de Pedro la teoría del hombre íntegro de Horacio. Don Justo Sierra había hecho la Revolución de México más que muchos generales. Pedro también la hacía".

III

No puedo, en esta solemne ocasión, dejar de aludir al pensamiento del Maestro Henríquez Ureña sobre la Universidad. Como todos sabemos, los trabajos en los cuales expuso más

ampliamente sus ideas en torno a la Universidad fueron su tesis para optar al título de abogado en México y los escritos en defensa del propósito de Justo Sierra de organizar la Universidad Nacional de México, en ocasión de celebrarse el primer centenario de la independencia de aquel país. La Universidad, que para el helenista don Pedro "es una herencia misteriosa de Grecia a la civilización moderna" y representa "la reaparición del pensamiento libre y de la investigación audaz que abriera su palestra bajo los pórticos de Atenas; el espíritu curioso y ágil de la Academia y el Liceo reaparece en las turbulentas multitudes internacionales, rebeldes a las sanciones de la ley local, que se congregan clamorosas en torno a los estudios de Bolonia, de París, de Oxford y de Cambridge". Nadie antes había resumido, en tan breves como hermosas frases la historia de la institución más eminente creada por la inteligencia humana. Es de sus orígenes helénicos, según el Maestro, que la Universidad recibió el espíritu de discusión, característico de la enseñanza superior contemporánea. Y es en el insuperable método socrático de enseñar, que a través de la *mayéutica* pone el acento en el aprendiz más que en el docente, es decir, en los procesos de aprendizaje más que en los de transmisión del conocimiento, donde Henríquez Ureña descubre la esencia de los procesos educativos que deben caracterizar a una Universidad y que tiene plena vigencia en nuestros días.

El mismo concepto de Universidad que a principios del siglo pasado enunció Henríquez Ureña, en nada se contradice con las misiones propias de la Universidad contemporánea, según las proclamó la "Declaración sobre la Educación Superior para el Siglo XXI", aprobada en París, en octubre de 1998. He aquí el concepto general de universidad del insigne Maestro: "Una institución destinada a cumplir fines de alta cultura y de cultura técnica. Teóricamente, sobre todo para la opinión contemporánea, la universidad quizás debiera destinarse sólo a la alta cultura, a la investigación y al conocimiento desinteresado; históricamente, sin embargo, nunca ha desatendido la cultura técnica y práctica que lleva el nombre de educación profesional. La alta cultura y la cultura profesional, bien se ve, aunque por momentos coincidan, distan mucho de ser idénticas".

Sin embargo, Henríquez Ureña señala que la alta cultura y la cultura técnica no tienen el mismo rango en los tres tipos más importantes de Universidad que él conoció: el inglés antiguo, representado por Oxford y Cambridge, que privilegian la cultura humana sin utilidad directa para la vida económica; el francés antiguo reformado, cuyo arquetipo sería la Sorbona de París, que siguiendo las ideas politécnicas de Napoleón enfatiza la preparación para el ejercicio de las profesiones, y el alemán moderno, que se distingue por su aplicación al desarrollo de la investigación, aunque no descuida la enseñanza técnica.

Lamenta el Maestro que en América Latina, por la excesiva influencia de Francia en los albores de nuestra repúblicas, llegamos a concebir la Universidad como la simple reunión de las escuelas profesionales, preocupadas más por transmitir el conocimiento que en su adelanto. Naturalmente, don Pedro aboga porque el cometido de nuestras más altas Casas de Estudios no se agote en el entrenamiento profesional sino que en ella se formen también hombres de ciencia, pero, principalmente ciudadanos éticos.

Tampoco podemos pasar por alto el brillante alegato de Henríquez Ureña en pro de "La cultura de las humanidades", pronunciado en ocasión de la reapertura de la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México: "Las humanidades... han de ejercer sutil influjo espiritual en la reconstrucción que nos espera. Porque ellas son más, mucho más, que el esqueleto de las formas intelectuales del mundo antiguo: son la musa portadora de dones y de ventura interior, fors olavigera para los secretos de la perfección humana. El conocimiento del antiguo espíritu griego es para el nuestro moderna fuente de fortaleza, porque le nutre con el vigor puro de su esencia prístina y aviva en él la luz flamígera de la inquietud intelectual. Ya lo véis: las humanidades, cuyo fundamento necesario es el estudio de la cultura griega, no solamente son enseñanza intelectual y placer estético, sino también, como pensó Mathew Arnold, fuente de disciplina moral.

Acercar a los espíritus a la cultura humanística es empresa que augura salud y paz".

IV

Concluyo estas palabras reiterando mis agradecimientos y compromisos. Las finalizo con un fraterno saludo al pueblo dominicano, que tiene el privilegio de habitar un país "colocado en el mismo trayecto del sol", y cuya historia y cultura se entrelazan con las de mi pueblo, particularmente en las figuras de sus héroes y de sus intelectuales y escritores. Y qué mejor, entonces, que cerrarlas con el poema que el poeta nicaragüense Carlos Martínez Rivas, a quien muchos consideran la voz más alta de la poesía nicaragüense contemporánea, publicó en 1996, para conmemorar los cincuenta años de la muerte de Pedro Henríquez Ureña. Dice así:

"Pedro Henríquez Ureña, lo estoy viendo,
animaba las sobremesas con un anillo rojo.
Explicando el orden dórico en arquitectura.
Oprimido por un mal fatal que él ocultó en
vida a sus amigos.

Un caballero erguido en traje oscuro.

Un señor que le estrechaba la mano a uno
con aquella leve inclinación. Con aquel
gesto que jamás delató su condición
desesperada".

